

fica hoy esta opinión la nueva biografía del Cid publicada por Mr. Dozy en sus *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne au moyen âge*.

Injusto sería mostrarse severo con el Cid, que en definitiva no hacía más que seguir las costumbres de su tiempo; pero procedía indicar estas costumbres para demostrar la grandeza de los servicios que hizo la nación que llegó a desarraigarlas por medio tan sólo de prescripciones que no tenían más apoyo que el de la opinión pública. Se asegura mucho que la religión suaviza las costumbres, y á veces me inclino á aceptarlo, aunque la historia lo confirme muy poco. Lo que no cabe dudar es que las leyes de caballería que los Arabes introdujeron, han contribuido á mejorar las costumbres mucho más que las prescripciones religiosas. El Cid haciendo quemar á fuego lento á un anciano para arrancarle el dinero, nos parece un vulgar bárbaro; pero como en aquella época semejantes actos eran corrientes, cualquiera otro jefe hubiera hecho lo mismo. Pedro el Cruel invitó al rey de Granada, Abu Said, á pasar á su corte, y habiéndose prendado de las joyas que llevaba, creyó muy natural asesinarlo para apoderarse de ellas (1).

Los Arabes no hubieran nunca cometido tales crímenes, y haciendo prevalecer en Europa los sentimientos que los proscribían, han prestado grandes servicios á la causa de la civilización.

Su superioridad moral ha sido reconocida por los pocos autores que han estudiado su historia; y he aquí cómo habla de ellos uno de los sabios más competentes en la materia: «En el concepto moral, científico é industrial, dice Mr. Sedillot, los Arabes eran muy superiores á los cristianos; había en su carácter y costumbres impulsos generosos, compasivos y caritativos que en vano se hubieran buscado en otros hombres. Los Arabes españoles poseían un sentimiento de la dignidad humana que les había siempre distinguido, y cuyo abuso debía producir la funesta manía del duelo.»

«Los reyes de Castilla y Navarra tenían tal confianza en la lealtad y hospitalidad de los Arabes, que muchos de ellos no vacilaron en ir á Córdoba para consultar á los famosísimos médicos de esta ciudad; y el más pobre musulmán

(1) Uno de los rubíes robados al monarca árabe fué regalado á un príncipe inglés por el soberano español. Este rubí adorna hoy la corona de la reina de Inglaterra, que con las demás prendas del mismo género, se guarda en el aposento de las joyas reales de la Torre de Londres, donde he tenido ocasión de verlo.

tenía tanto empeño en conservar intacto el honor de su familia, como el jeque más orgulloso.» (2)

IV

MONUMENTOS DEJADOS POR LOS ÁRABES EN ESPAÑA

Durante los primeros tiempos de su llegada á España, los Arabes se sirvieron de arquitectos bizantinos, pero la influencia de su genio artístico sobre los trabajadores á quienes emplearon se reveló luego en el uso de ciertos asuntos de ornamentación que impedirán al observador menos perito confundir un edificio árabe con un monumento bizantino.

Del mismo modo que sus correligionarios de Egipto, los Arabes de España llegaron muy pronto también á sacudir la influencia del bizantinismo, reemplazando en breve tiempo los

(2) Nos tomaremos la libertad de hacer aquí algunas observaciones á lo afirmado por M. Le Bon en este capítulo. 1.ª La población árabe de España se compuso casi toda de españoles, que cual los sirios, los egipcios y berberiscos, abrazaron el islamismo: en esta fusión los árabes quedaron absorbidos por los españoles, y tan sólo la fusión berberisca costó más y quizá no llegó nunca á ser completa en algunas provincias. 2.ª La tolerancia religiosa de los Arabes fué relevante en los primeros siglos de la conquista, pero cuando la reconquista empezó á apretar á los musulmanes españoles, los pocos cristianos que todavía había entre ellos padecieron varias veces persecuciones crueles. 3.ª La tolerancia que los musulmanes tenían con los cristianos, la tuvieron también los reyes de Aragón en sus Estados con los musulmanes, siendo por principio intolerantes ambas partes sólo con las herejías que sobrevenían en sus respectivas religiones. 4.ª Al comparar el estado de civilización de unos y otros, el autor confunde á los Estados cristianos del Norte y del Centro de España con los de la Corona de Aragón, que estaban mucho más avanzados, y lo hubieran estado más, si los fanáticos franceses no hubiesen cometido la inaudita barbaridad de destruir la civilización provenzal, que penetraba rápidamente en Aragón por Cataluña, y de exterminar á un millón de Albigenses, porque no reconocían la soberanía espiritual del Papa, aunque eran cristianos. 5.ª y última. Todo lo que el autor dice de la civilización de los Arabes españoles se halla fuera de duda; pero esa gente, tan civilizada en lo moral, material é intelectual, vivía en la barbarie en lo político, pues el absolutismo monárquico, fundado en la infalibilidad religiosa, es el régimen más degradante para los pueblos; y M. Le Bon, que tanto ha sudado y suda para descubrir el origen de la decadencia y de la muerte de la raza árabe y de los pueblos musulmanes, la hallará fácilmente en esta circunstancia tan capital, así que se fije en ella y la estudie á fondo. Bajo el concepto político, pues, cabe afirmar que los Estados de la Corona de Aragón estuvieron mucho más civilizados y adelantados que los Arabes españoles, habiendo más diferencia sobre esto entre ambos grupos, que sobre las restantes cualidades, aunque en estas los Arabes predominasen completamente. Además hubo otros Estados en España, que políticamente también fueron más libres que los mahometanos, por más que lo fuesen menos que los de la Corona de Aragón. M. Le Bon parece ignorar que la libertad política también forma parte de la civilización de los pueblos; y que la parte que le corresponde es tan considerable, que merece ocupar el primer lugar; porque los progresos materiales y morales que no se apoyan en ella, son estériles al fin para la raza y la humanidad. Si nuestros lectores se fijan bien en esta idea, comprenderán mejor la obra que estamos traduciendo; la cual adolece en esto de una oscuridad deplorable, que se desvanece así que uno se fija en que el mahometismo llevando en las entrañas el absolutismo sacerdotal y pontifical, no era más que una sociedad gobernada por una teocracia. (N. del T.)

adornos de fondo dorado con arabescos entrelazados de inscripciones. Frecuentemente se sirvieron también, como en Oriente, de pechinas compuestas de arcaditas sobrepuestas en forma de saledizos, las cuales han sido comparadas á estalactitas, ó á celdillas de abejas, y que producen un maravilloso efecto cuando se adorna con ellas, como en la Alhambra, todo el interior de una cúpula. Edificaron primero las arcadas en arco de herradura acentuado; pero luego las combinaron con toda forma de arcos, con ojivas sencillas, con ojivas de lóbulos, con ojivas festoneadas, etc., etc.; y el arco traspassado quedó casi proscrito.

La mezquita de Córdoba, que es del siglo VIII, y algunos monumentos de Toledo, representan la primera época de la arquitectura árabe en España; la Giralda de Sevilla, perteneciente al siglo XII, y el Alcázar son el período intermedio, y la Alhambra de Granada, del siglo XIV, es su florecimiento completo.

Todos estos monumentos, de épocas y estilos diferentes, tienen, á pesar de su diversidad, un aire de familia que revela inmediatamente su origen. Lo mismo sucede con todos los monumentos construidos por los Arabes en las diferentes comarcas donde reinaron. La Alhambra en Granada, la mezquita de Hassán en el Cairo y la puerta de Aladino en Delhi corresponden evidentemente al mismo arte; por más que en cada una se entrevea la influencia del centro donde vivían los artistas que las construyeron, revelándonos la habilidad de los autores en crear obras nuevas con materiales extranjeros. La puerta de Aladino, monumento donde está reunido lo árabe, lo persa é hindu, es uno de los más notables ejemplos de ese poder maravilloso que tenía el arte árabe de imprimir su personalidad en todo lo que tocaba, pues aunque sigue á los Hindus en la India, á los Persas en Persia y á los Bizantinos en España, siempre continúa siendo árabe.

Enumeremos ahora en pocas palabras los principales monumentos musulmanes que existen en España; pero conformándonos con el método que hemos adoptado, daremos de ellos dibujos exactos, que nos relevarán de describirlos detalladamente; bien que nos tocará ocuparnos otra vez de muchos de ellos, en el capítulo dedicado á la historia de la arquitectura de los Arabes.

Monumentos árabes de Córdoba.—Empezada en 780 por Abderramán, la célebre mezquita de Córdoba, que los musulmanes consideran

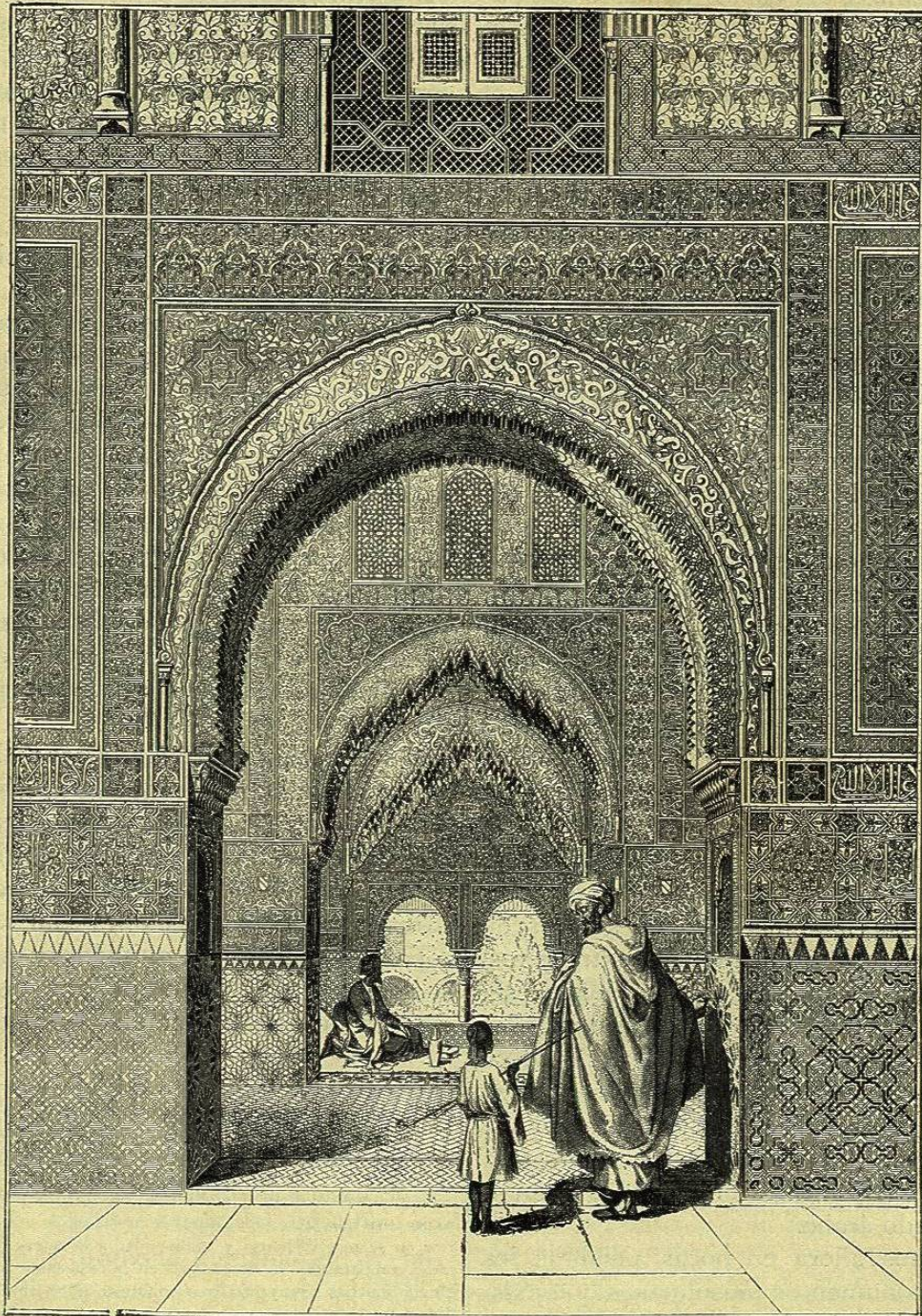
como la Meca de Occidente, es uno de los más bellos monumentos árabes que España posee. «Construyóla, escribe Conde, á fines del siglo VIII, Abderramán I, que es tenido por haber sido arquitecto de la misma, y se dice que quiso que se pareciese á la mezquita de Damasco, aunque en más vasta escala, y que recordase por la profusión de sus riquezas las tan ponderadas maravillas del templo de Salomón en Jerusalén, destruido por los Romanos. Esta *aldjama* (*al-djami*, metrópoli) excedía en grandeza y magnificencia á todos los templos de Oriente; y su minarete se levantaba cuarenta brazadas sobre el suelo; su cúpula dorada, colocada sobre artesones de madera cincelada, estaba sostenida por 1,093 columnas de diferentes mármoles, agrupadas en quincuncio, y formando diez y nueve anchas naves en longitud, cortadas en su latitud por treinta y ocho naves más estrechas. La fachada principal, de cara al Mediodía, y delante del Guadalquivir, se abría por diez y nueve puertas revestidas de planchas de bronce de maravilloso trabajo, excepto la del centro que estaba cubierta de planchas de oro. Las partes laterales, á Oriente y Occidente, contenían nueve puertas parecidas (1).»

Aunque muy maltratada por los Españoles y no menos inferior á lo que había llegado á ser, la mezquita de Córdoba todavía es notabilísima. Para santificarla empezaron edificando en su interior una vasta iglesia; los adornos de las paredes y las inscripciones han recibido una capa de cal; se han quitado los mosaicos del suelo; han vendido los magníficos techos de madera pintada y esculpida; y hoy para tener

(1) Como el autor francés ha hecho de varios trozos de Conde uno solo, hemos preferido traducirlo, poniendo en nota el texto original de Conde, que por cierto deja mucho que desear en varios conceptos. «Cumplidos los deseos de paz, el rey Abderahan señaló el primer año de ella mandando edificar en Córdoba la gran aljama y mezquita mayor: dicen que el mismo rey trazó el plan de su obra; que se propuso que fuese semejante á la de Damasco y más grande y superior en su magnificencia y suntuosidad á la nueva de Bagdad y que fuese comparable á la de Alakesá en la casa santa de Jerusalén: puso en ella muchas y muy preciosas columnas de mármol: su entrada por diez y nueve puertas muy espaciosas para ir á su alquibla por diez y nueve calles de columnas de mármoles diferentes, maravillosamente labradas, y atravesadas éstas de treinta y ocho calles, de oriente á poniente, y en sus costados á cada parte nueve puertas: dice Aben-Hayam que la altura de su alminar, ó torre, era de 40 brazas poco más ó menos.... (Conde, *Historia de la dominación de los Arabes en España, primera parte*, cap. XXIV).... «Esta magnífica aljama de Córdoba aventaja á todas las de Oriente; tenía 600 pies de larga y 250 de ancha, formada de 38 naves á lo ancho y 19 á lo largo, mantenidas en 1,093 columnas de mármol, se entraba á su alquibla por 19 puertas cubiertas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal, cubierta de láminas de oro: á sus lados de oriente á occidente cada nueve puertas. Sobre la cúpula más alta había tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro.» (Id., id. cap. XXVII.) (N. del T.)

una débil idea del aspecto verdadero del antiguo monumento es necesario examinar el mihrab: única parte que se salvó de este infame vandalismo.

El techo de la mezquita está sostenido por columnas cuya reunión forma una serie de grandes naves paralelas que dan al patio de la mezquita, y están cortadas perpendicularmente por



Sala de las Dos Hermanas, en la Alhambra

otras naves, componiendo su conjunto un verdadero bosque de mármol, jaspe y granito. Sobre estas columnas se levantan unas magníficas arcadas de herradura, sobrepuestas; y como el techo no dista más que una docena de metros del suelo, resulta que el interior del edificio no tiene la sombría majestad de las antiguas catedrales góticas de la Edad media, como por

ejemplo Colonia, ó Estrasburgo; aunque en cambio adquiere por medio de la superposición de las arcadas y del empleo de diferentes asuntos de ornamentación, una originalidad resplandeciente, que pocos monumentos poseen en tan alto grado.

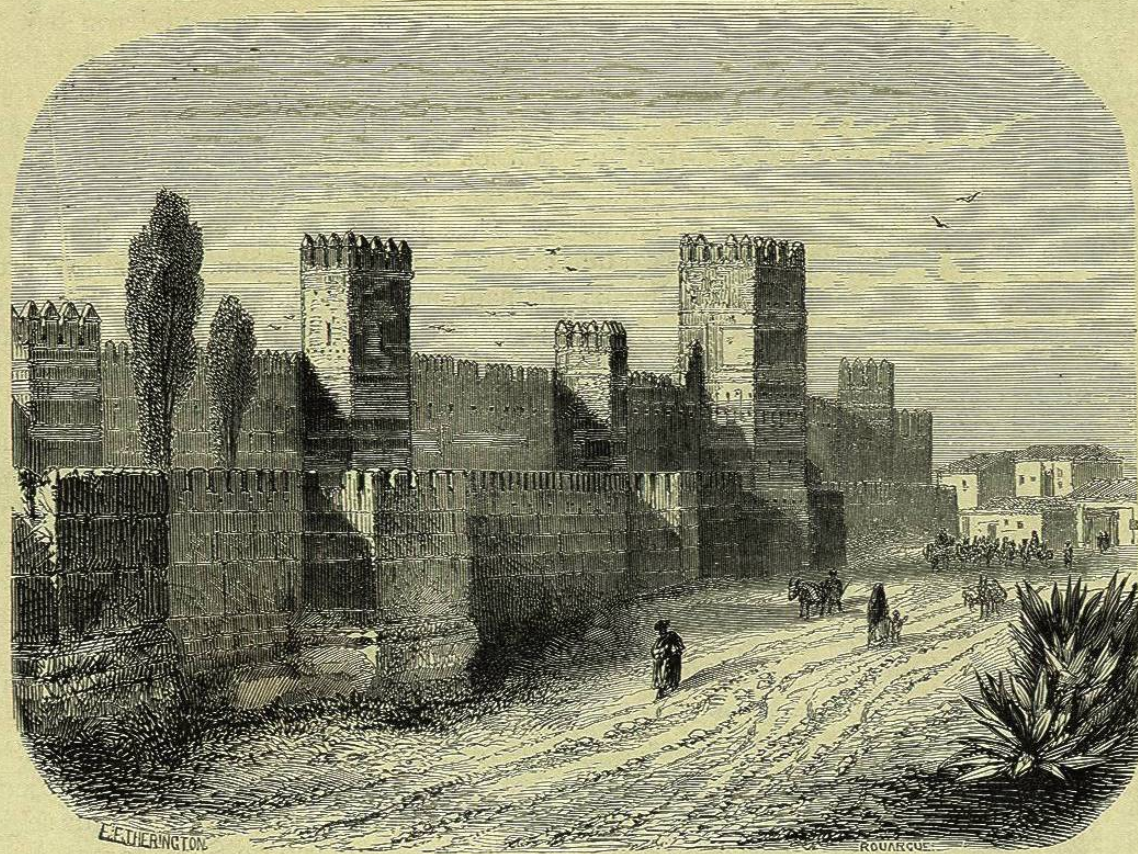
En cuanto al mihrab de la mezquita, por más que uno no llegue á decir con Girault de Pran-

gey «que su riqueza de ornamentación y brillantez no han sido superadas por ningún otro edificio antiguo ó moderno de la misma índole,» cabe reconocer que es una de las más hermosas obras que pueden verse.

El arte árabe estaba sin embargo en su auro-
ra, y no había de tardar en florecer en otras construcciones admirables, como por ejemplo la Alhambra, cuya brillante magnificencia debía

revelar á las generaciones futuras el sentido artístico, el amor del colorido y de lo maravilloso de la raza que lo había creado.

Antes de salir de Córdoba, debemos mencionar todavía, bien que por memoria, pues ya no existe, el palacio de Abderramán, que no conocemos sino por las crónicas de la época. He aquí, según los escritores árabes, resumidos por G. de Prangey, la descripción de ese pala-



Fortificaciones árabes de Sevilla

cio hechicero de Zahra, construído en el siglo x de nuestra era, á algunas leguas de Córdoba. La precisión con que los mismos escritores árabes han descrito la mezquita de la ciudad responde de la exactitud de lo que dicen del palacio.

«Cuatro mil trescientas columnas de mármol precioso y de un labrado perfecto, decoraban el edificio: las salas estaban enladrilladas de baldosas de mármol, cortadas con arte y formando mil variados dibujos; las paredes de las salas habían sido igualmente revestidas de mármol, y adornadas con frisos de colores resplandecientes; los techos, pintados de oro y azul, formaban elegantes artesonados; las vigas y artesones, de madera de cedro, eran de un trabajo delicadísimo y de elegancia exquisita. En algu-

nas de estas salas había surtidores admirables de agua viva y trasparente, que caía en tazas de mármol de formas variadas y artísticas. En la sala, llamada del Califa, se veía una fuente de jaspe, adornada con un cisne de oro, trabajo admirable que procedía de Constantinopla; y encima pendía del techo la famosa perla que Abderramán había recibido como regalo del emperador griego. Cerca del Alcázar se extendían unos grandes jardines, que constaban de verjeles de árboles frutales y de sotillos de mirtos y laureles, por entre los cuales se veía inmensos estanques de agua. En el centro de estos jardines se levantaba sobre una altura el pabellón del califa, sostenido por columnas de mármol blanco, cuyos capiteles eran dorados, y en medio cabalmente de este mismo pabellón, se

hallaba aquel gran cubo de pórvido, lleno de mercurio, que por medio de un mecanismo ingenioso saltaba continuamente y reflejaba del modo más deslumbrador los rayos del sol. También había en estos deliciosos jardines baños con depósitos de mármol para el agua, y con tapices y alfombras de seda y oro, en las cuales estaban dibujadas flores, bosques y animales con tanta perfección, que parecían naturales.

»Procedía el mármol blanco de Almería, y el sonrosado y el verde de Cartago y Túnez: la fuente dorada y cincelada se había labrado en Siria, bien que otros dicen que en Constantinopla, y en ella se habían esculpido figuras humanas traídas por el griego Ahmad; el califa mandó añadirle doce animales de oro y piedras preciosas, ejecutados en la manufactura real de Córdoba; y el agua salía continuamente de sus bocas.

»La sala del Califa contenía un techo dorado, construido de pedazos transparentes de mármoles de diversos colores, y las paredes tenían la misma decoración. En medio estaba la gran fuente de mármol llena de mercurio, y á cada lado se abrían ocho puertas coronadas de arcos de marfil y ébano, adornados de oro y piedras preciosas, y sostenidos por columnas de diferentes mármoles y del cristal más límpido. Ebn-Hayan refiere que este palacio contenía 4,312 columnas de diversas proporciones; entre las cuales 1,013 procedían de Africa, 19 de la ciudad de Roma, y 140 del emperador de Constantinopla que las había regalado á Abderramán. Las restantes se habían sacado de diferentes partes de España, como Tarragona y otros puntos. Todas las puertas eran de hierro, ó de cobre plateado y dorado.»

Monumentos árabes de Toledo.—Tal como hoy en día está la ciudad de Toledo es un cuadro fiel de lo que debió ser en la Edad media una ciudad de Europa. Su magnífica catedral y el admirable claustro de S. Juan de los Reyes bastarían por sí solos á hacerla célebre. Pero además de estos monumentos, puede allí estudiarse en cada esquina la influencia ejercida por los Arabes en el arte de los pueblos que los han reemplazado.

Hállase todavía Toledo ceñida de las fortificaciones y torres árabes, y de entre las antiguas puertas de la ciudad, descuellan la célebre Bisagra, empezada en el siglo IX, y la no menos famosa puerta del Sol, edificio del siglo X, que me parece difícil clasificar entre las construc-

ciones bizantinas, según se hace de ordinario, pues la forma de las arcadas, los detalles de la ornamentación y el conjunto de la obra tienen un sello del todo árabe.

Entre los monumentos árabes, ó siquiera judaico-árabes de Toledo, citaré también á Santa María la Blanca, antigua sinagoga del siglo IX.

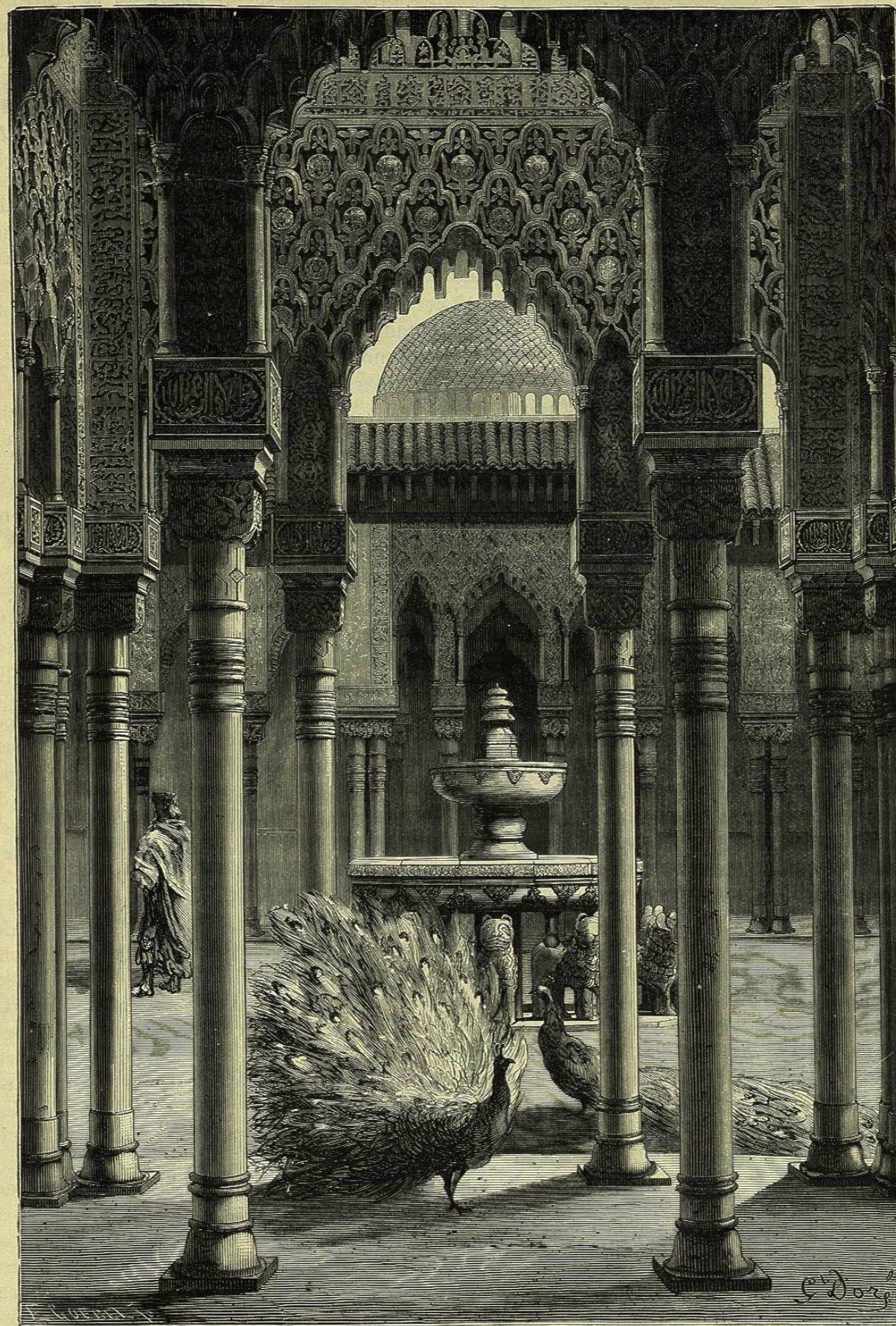
Los temas de ornamentación desempeñados por trabajadores árabes son innumerables en Toledo: esos trabajadores vivieron bajo el dominio de los cristianos antes de la expulsión general que tuvo lugar algún tiempo después de terminada la reconquista. Obra de los mismos son los detalles árabes que se hallan en los monumentos de estilo románico, ó de forma ojival; resultando de esta combinación de arquitectura árabe y cristiana un estilo particular llamado mudéjar, que prevaleció mucho tiempo en España, y cuyas tradiciones aun no han desaparecido, según lo demuestran ciertas construcciones modernas de Sevilla.

Monumentos árabes de Sevilla.—Aunque esta ciudad sea, como Toledo, una población donde á cada paso se halla la influencia árabe, lo es de un modo diferente. La arquitectura de la mayor parte de las casas modernas es árabe; los bailes y la música populares son igualmente árabes, y la influencia de la sangre árabe se reconoce especialmente en las mujeres, por muchas particularidades.

El más antiguo monumento árabe de Sevilla es la torre llamada de la Giralda: bello edificio cuadrado, de ladrillos sonrosados, que se parece mucho al campanario de San Marcos de Venecia y á la mayor parte de los minaretes de Africa. Nada extraño sería que fuese el minarete de la mezquita que hizo construir el Mansur (*Almanzor*) en 1195.

La parte exterior de la Giralda está cubierta de una red de esculturas, y cortada por una serie de ventanas, parte de las cuales son de arco traspasado, y las demás, de ojivas festoneadas. Coronábala antes un globo de metal dorado; pero lo reemplazaron con un campanario, encima del cual se colocó una estatua de la Fe.

Es el *Alcázar* de Sevilla un antiguo palacio árabe, cuya construcción data de épocas diferentes; pues aunque empezado en el siglo XI, la mayor parte del edificio procede del XIII. Construyeron la fachada unos trabajadores árabes en tiempo de Pedro el Cruel; Carlos V procuró también embellecer este palacio, añadiéndole adornos de estilo greco-romano de malísimo gusto.



Patio de los Leones, en la Alhambra